Los enemigos se reúnen. La venganza espera.

FERALS

ARAÑA

JACOB GREY

DESTINO

LA ISLA DEL TIEMPO

JACOB GREY

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Ferals. The White Widow's revenge*
© del texto: Working Partners Ltd 2016
© de la traducción: Dante Ortiz López, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2017
ISBN: 978-84-08-17170-6
Depósito legal: B. 7.754-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Capítulo 1

«No tienen ni idea», pensó Caw. «No tienen ni idea del peligro que corren.»

Se subió el cuello, aunque ya estaba completamente empapado, y miró al otro lado de la calle. Estaba casi vacía, debido al mal tiempo, pero aún había gente trajinando. Un hombre de traje oscuro se comía un sándwich bajo un toldo goteante. Los automóviles pasaban zumbando sobre el asfalto resbaladizo. Un niño y su madre, tomados de la mano, entraban a toda prisa en una zapatería para cobijarse del aguacero.

Llevaba días lloviendo, pero las nubes, bajas y grises, no parecían haberse vaciado por completo. Las calles estaban a punto de desbordarse y la azotea donde se encontraba Caw, cubierta de charcos. Bajó la vista hacia las deportivas que había encontrado en un almacén de ropa de segunda mano. Hacía mucho que el agua había traspasado

la tela y los dedos le chapoteaban, pero a lo largo de su vida se había mojado tantas veces de aquella manera que, en realidad, no le molestaba. Durante su infancia en el nido del parque de Blackstone había sobrevivido a las incontables tormentas que sufría la ciudad y que arrancaban el techo de lona. Si no lograban arreglarlo, Caw y sus cuervos quedaban expuestos a los embates del viento y de la lluvia. No le gustaba que ocurriese, pero siempre era consciente de que podía pasar.

«Ya no recuerdo ni cómo es el sol», dijo Screech.

El más joven de los cuervos de Caw estaba sentado sobre el parapeto de la azotea. Ahuecaba las alas para protegerse de la lluvia. Las otras dos aves se habían posado a su lado.

«Tal vez lo mejor sea ir a casa», sugirió Glum, con voz esperanzada. Tenía el pico apoyado en el pecho y los ojos cerrados.

Shimmer ladeó la cabeza.

«Deja de quejarte», dijo. «Un poco de agua no te hará daño.»

Caw pensó que para los transeúntes que pasaran por la calle, aquellos tres serían unos cuervos cualesquiera. Solo un feral sabría que él era capaz de entenderlos.

—Crumb quiere que esperemos aquí mientras revisa el banco —dijo Caw, y señaló con un gesto el edificio que estaba al otro lado de la calle.

«En Blackstone hay veinte bancos», dijo Glum. «Las probabilidades de que elijan este son mínimas.»

Caw se encogió de hombros.

«Si quieres, puedo bajar a echar un vistazo», se ofreció Shimmer mientras daba saltitos sin parar.

Caw pensó en ello. Si sus enemigos estaban abajo y veían un cuervo actuando de manera extraña, eso podría espantarlos.

Se preguntó si no sería mejor mandar a Shimmer al hospital, a que echara un vistazo por la ventana y comprobara cómo estaba Selina. Al menos, así estaría entretenida. Ella lo obedecería, aunque no le gustaba demasiado la hija de la Madre de las Moscas. A decir verdad, a nadie, aparte de Caw. Pero Selina Davenport estaba en el hospital por su culpa, por el disparo que había recibido al salvarle la vida.

Habían pasado dos semanas desde la batalla en la azotea del apartamento de la jefa de policía Davenport. Selina llevaba todo ese tiempo inconsciente en una cama del hospital de Blackstone. Los médicos no sabían por qué no despertaba. Lo atribuían a alguna clase de infección. Crumb, el feral paloma y amigo de Caw, había dicho que tal vez fuera mejor que no recobrase la conciencia. Caw no supo qué responder. Al margen de lo que pensaran los demás, Selina también era su amiga. Había permanecido a su lado cuando más la había necesitado.

«¿Y bien?», preguntó Shimmer. «¿Qué dices, jefe? Podría dar una vuelta a la manzana para echar un vistazo. No me verá.»

—De acuerdo —convino Caw—. Pero ten cuidado.

Shimmer extendió las alas, se lanzó en picado y planeó hasta perderse de vista. Caw decidió que luego le pediría a

Glum que fuera al hospital. Estaba seguro de que pronto habría buenas noticias.

Entonces oyó un chillido. Se volvió. Allí estaban Pip, el joven feral ratón, y el larguirucho Crumb, que subían por la escalera de emergencias.

«Ya era hora», dijo Glum.

Crumb y Pip cruzaron la azotea a toda prisa. El primero sostenía un destartalado paraguas sobre sus cabezas, y el segundo se apretujaba a su lado.

Una paloma aterrizó a un lado de Crumb con un torpe saltito.

—Mantente alerta, Bobbin —dijo el feral paloma. A pesar del paraguas, su pelo de color café le caía en mechones húmedos sobre la frente, y su desaliñada barba estaba salpicada de gotas de agua—. Este es el lugar.

Caw miró frente a sí, hacia la adornada fachada del edificio de tres plantas de la Caja de Ahorros de Blackstone.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó—. Todo parece normal.

—Pues resulta que el gerente es un feral —respondió Pip.

Los ojos del feral ratón, redondos y entusiastas, destacaban bajo la capucha de su impermeable. Le sacaba al menos tres tallas al suyo, y le llegaba hasta las rodillas.

Crumb asintió con un gesto.

—Pickwick, el feral gorrión. Eso explicaría por qué los convictos lo eligieron: así obtendrían el dinero y además atacarían a los ferals que tratan de detenerlos.

El corazón de Caw empezó a latir con fuerza. Sabía cuán desalmados eran sus enemigos. Unas semanas antes,

la Madre de las Moscas había liberado a los convictos más peligrosos de Blackstone y, valiéndose del poder de la Piedra de la Medianoche, los había convertido en un ejército de flamantes ferals. Le había concedido a cada uno el control de una especie animal a cambio de que siguieran sus órdenes.

Los ferals seguían libres, pese a que Caw había derrotado a la jefa de policía. Los crímenes se habían multiplicado en toda la ciudad, y ahora eran cien veces más graves, debido a los nuevos poderes de los convictos. Robos, asaltos, vandalismo... Los periódicos publicaban de vez en cuando noticias relativas a la presencia de animales en las escenas del crimen —una colonia de buitres que se había abatido sobre el ayuntamiento, o una plaga de mapaches en el cine—, pero la policía no había logrado establecer la conexión. Caw no podía culparlos: no tenían ni idea de la existencia de los ferals.

Aquella mañana, un asalto al casino se había saldado con dos guardias de seguridad muertos. El responsable debía de ser Lugmann, el nuevo feral pantera. Dos de los ratones de Pip estaban allí y se enteraron del plan sobre el robo del banco.

Caw apretó los puños. Los convictos estaban aprendiendo a usar sus nuevos poderes, y serían cada vez más peligrosos. Había que detenerlos.

—¿Tendríamos que avisar a los demás? —preguntó Caw. La señora Strickham y los otros ferals buenos se ubicaban por todo Blackstone, vigilando otros bancos.

Crumb negó con un gesto.

—Cabe la posibilidad de que asalten otro banco. Me temo que tendremos que arreglárnoslas solos.

—¿Y Pickwick está listo? —preguntó Caw, al tiempo que bajaba la vista hacia su arma, la *Pico de Cuervo*. La espada de hoja negra y corta del linaje de los cuervos colgaba a un costado de Caw, en una vaina que había confeccionado con los restos de un viejo zurrón de cuero.

—Pickwick no suele meterse en peleas —dijo Crumb—. Ya apenas habla con sus aves. Pero se encargará de mantener a salvo a los transeúntes.

A Caw le resultaba difícil creer que un feral se abstuviera de utilizar sus poderes y llevara una vida normal. Y la vida de Caw había sido de todo menos normal.

Shimmer apareció de repente, emitiendo un chillido nervioso.

«¡Vienen de camino!», exclamó. «Una furgoneta negra, a cinco calles por el este. Se han detenido en el semáforo.»

—Buen trabajo —dijo Caw, y volviéndose hacia Crumb y Pip añadió—: Están a punto de llegar.

A una señal de Crumb, unas cuantas palomas se le acercaron volando desde los edificios circundantes. Pip se asomó por la cornisa. Caw oyó un grito en la calle y miró hacia abajo. Le dio tiempo a ver cómo una niña corría a los brazos de su madre. Una ola serpenteante de ratones había salido de una alcantarilla y se dispersaba por la calle mientras los transeúntes retrocedían.

Pip sonrió.

—¿Quién necesita panteras cuando se tienen ratones?

Con un gesto de la mano dirigió la horda de ratones hacia los escalones del banco. El peso de los cuerpos bastó para abrir las puertas automáticas, que cruzaron a toda prisa. Los clientes salieron corriendo y gritando. Los seguía un hombre canoso y trajeado que llevaba gafas e iba balbuceando disculpas. El hombre miró hacia la parte alta del edificio e hizo un saludo de tipo militar.

Crumb le respondió con un movimiento de cabeza.

—Es hora de bajar.

—Llamad a los demás —le ordenó Caw a Screech, y los cuervos remontaron el vuelo. Mientras tanto, él fue hacia la escalera de emergencias. La adrenalina corría por sus venas al bajar las escaleras, agarrándose con ambas manos a los pasamanos y golpeando los peldaños con los talones. Luego bajó el siguiente tramo y el otro, hasta llegar a la calle. Le llevó apenas unos segundos. Luego cruzó la calle a toda velocidad. Entre la plaga de ratones y el mal tiempo, ya estaba casi vacía.

El señor Pickwick vio a Caw acercándose. Entornó los ojos.

—Lo siento: hemos tenido que cerrar antes de tiempo —se disculpó—. Hay una plaga.

—Soy el feral cuervo —aclaró Caw con tono apremiante. Tenían que entrar antes de que llegara la furgoneta de los convictos.

El anciano lo miró de arriba abajo con desconfianza.

—Viene conmigo —dijo alguien desde arriba. Crumb y Pip estaban suspendidos en el aire bajo la lluvia. Los sostenían varias decenas de palomas.

El señor Pickwick sonrió mientras los depositaban frente a él.

—Mis disculpas. Vamos, rápido.

El banco tenía un aspecto anticuado pero elegante. Unos relieves de chapa de cobre decoraban los mostradores de madera, y en una de las paredes había un enorme mural al óleo de colores. Olía a suelo recién encerado, y solo se oía el rumor de las pisadas de los empleados del señor Pickwick, que salían a toda prisa por la parte trasera del edificio.

—¿Cómo se cierran las puertas? —preguntó Caw, mientras miraba los paneles de cristal tras él.

—Ahí hay un interruptor; abajo, a la izquierda —respondió el señor Pickwick.

Caw lo localizó debajo de una tapa de plástico transparente y lo pulsó. Las gruesas puertas de cristal se deslizaron hasta cerrarse por completo.

—El cristal es a prueba de balas —le informó el señor Pickwick.

—Llame a la policía por la línea directa —ordenó Crumb.

Justo cuando el gerente del banco levantaba el auricular del teléfono, una furgoneta negra frenó delante de los escalones de la entrada. Las ruedas chirriaron. A Caw le dio un vuelco el corazón. Reconoció al conductor por su pelo cortado al rape y sus brazos musculosos teñidos de azul por los típicos tatuajes carcelarios. Lugmann. Los ojos del recluso se abrieron como platos cuando se asomó al interior del banco y vio a Caw. Sonrió y torció la boca. Caw se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

Las puertas traseras de la furgoneta se abrieron; de un brinco salió una mujer con la cabeza rapada y un *piercing* en los labios. Caw recordó haberla visto en la batalla en la azotea de la policía. La mujer le hizo una señal hacia dentro de la furgoneta.

La suspensión del vehículo se venció y una cabeza gigante se asomó al exterior. Un bisonte gigantesco olisqueó el aire y bajó pesadamente a la calle. Al ver su tamaño, Caw sintió que le fallaban las piernas. Sus pezuñas eran del tamaño de un plato. La bestia giró la cabeza hacia ellos y emitió un mugido gutural; de su hocico chorreaban unos hilillos de baba.

—Y la puerta... ¿es a prueba de bisontes? —preguntó Crumb, con el rostro pálido. Todos se quedaron paralizados mientras la enorme bestia subía los escalones y bufaba ensanchando sus fosas nasales.

Lugmann bajó de la furgoneta. Un felino negro y elegante lo seguía de cerca. Miró a ambos lados de la calle y luego directamente a Caw. Juntó las palmas de las manos como si se dispusiera a rezar y luego las separó, articulando con los labios la frase «Abre la puerta». Caw negó con la cabeza.

La mujer rapada le dio una orden al bisonte y la criatura embistió la puerta con la cabeza. Se produjo un estrépito brutal.

Todos se alejaron sobresaltados. El cristal se cuarteó, pero no llegó a romperse. El bisonte retrocedió y embistió una vez más. El cristal resistió, pero las bisagras metálicas de la puerta empezaban a ceder.

—Lo más seguro es que hayan cortado los cables —dijo

el señor Pickwick mientras sostenía con desgana el auricular—. No hay línea. ¿Alguien tiene un móvil?

Crumb negó con la cabeza.

Caw no sabía qué hacer. Sin embargo, hizo a un lado sus temores y se concentró en buscar a sus cuervos con la mente. Apretando las manos en un puño, atrajo las aves hacia él. A través del cristal vio cómo una nube negra bajaba en picado desde los edificios circundantes.

«¡Al bisonte!» Caw azuzó a un grupo contra la criatura, mientras otros se separaban de la bandada para atacar con las garras a la mujer. Aparentemente, ella perdió el control del bisonte mientras se defendía, pues la enorme bestia bajó con dificultad por los escalones y fue a estrellarse contra un lado de la furgoneta.

Lugmann surgió en medio de la bandada blandiendo un mazo. Cuando llegó a la parte alta de la escalera, lo descargó contra las puertas de cristal. El impacto reverberó en todo el edificio e hizo que Pickwick diera un brinco, sobresaltado. Lugmann retrocedió un paso, balanceó de nuevo el mazo y lanzó todo su peso detrás de él. En el cristal aparecieron unas grietas. Las palomas de Crumb se sumaron a la batalla y arremetieron contra Lugmann, mientras este alzaba el mazo una vez más. Intentó sacudírselas, pero otras muchas se arremolinaban a su alrededor. Lugmann dejó caer el mazo y volvió a la furgoneta. De camino, empujó a su cómplice y, cuando ambos estuvieron dentro, cerró con un portazo.

—¡Santo cielo! —exclamó Pickwick—. ¿Ya se...? ¿Eso ha sido todo?

Las puertas del cristal amortiguaban los gemidos del bisonte. Lugmann y la mujer estaban atrapados en la furgoneta, rodeados por cuervos y palomas, y miraban hacia fuera con ojos fríos y perversos. Seguramente alguien habría llamado ya a la policía.

Pero el corazón de Caw seguía martilleándole el pecho.

«No puede ser tan fácil...»

—Lo hemos conseguido —dijo Crumb.

—No del todo —replicó alguien. Arrastraba las palabras con un conocido acento sureño.

Caw dio un respingo y se volvió. La pintura que cubría una de las paredes empezó a cambiar de tal manera que Caw se obligó a parpadear y forzar la vista. Luego surgió la forma de un hombre, y los colores de su traje titilaron hasta concretarse en un color crema pálido. Era el señor Silk, el feral polilla, que saludó tocándose el sombrero de ala ancha.

—Qué amable has sido al venir a hacerme compañía, Caw.

Caw extendió una mano, pero todos sus cuervos seguían fuera. Se volvió para ver a Crumb, pero el feral paloma había cometido el mismo error.

—¿Quién eres? —preguntó Pickwick.

—Solo soy un cliente que viene a retirar fondos —respondió el señor Silk—. Muchísimos.

—¡Pip, atrápalo! —gritó Caw.

Una ola de ratones avanzó hacia el feral polilla, pero el señor Silk simplemente alzó los brazos con gesto aburrido. Las paredes y el techo cobraron vida. Miles de polillas se desprendieron de todas las superficies y, en un visto y no

visto, cubrieron a los ratones y el rostro de Caw. Este empezó a sacudirse y retorcerse. Había tantas alas revoloteando que le costaba respirar. A través del caos, vio que Pip se hacía un ovillo y Crumb tropezaba con una maceta.

Caw oyó un estruendo brutal y sintió una lluvia afilada en la espalda. «El cristal. ¡Silk solo está ahí para distraernos!» Caw se echó a un lado justo cuando el bisonte atravesaba la puerta seguido por su feral. La bestia se detuvo en el vestíbulo del banco.

Al cabo de un instante, las polillas levantaron el vuelo y Caw se sintió inundado por luz y aire. Entonces oyó un gemido de terror.

El bisonte acosaba a Pip, con la cabeza gacha y las patas golpeando el suelo. El ratón feral estaba arrinconado contra un mostrador y temblaba de miedo.

Los cuervos de Caw entraron en tropel por la puerta, pero él alzó una mano para detenerlos. Un movimiento en falso y la criatura aplastaría a Pip o lo desgarraría con los cuernos.

—Una decisión inteligente —admitió Lugmann. Luego pasó frente a Caw con actitud arrogante, blandiendo de nuevo su mazo. Su pantera le mostró los dientes a Caw, quien dio un respingo al sentir el cálido aliento del felino.

—No hagáis ninguna tontería —le advirtió el convicto—. La bestia de Tyra podría matar a ese chico en un santiamén, y no hay bandada que pueda evitarlo.

El señor Pickwick dejó finalmente el teléfono en la mesa.

—Y ahora, ¿qué?

—Lleva al señor Silk a la bóveda —dijo Lugmann.

El señor Pickwick titubeó, y el convicto puso los ojos en blanco. En ese instante, la pantera saltó al mostrador que estaba junto al feral paloma y soltó un zarpazo casi juguetón hacia el brazo de este. Pickwick gritó cuando las garras le atravesaron el traje y la sangre manchó el suelo.

—Haz lo que dice —dijo Crumb con voz temblorosa—. Lugmann, si le hacéis daño a ese chico...

—Si hacéis lo que os decimos, no le pasará nada —respondió Lugmann.

El señor Pickwick condujo al feral polilla hacia una puerta situada en la parte trasera del banco y tecleó un código. Caw miró rabioso cómo el traje de color crema de Silk desaparecía en compañía de Pickwick. La última vez que había visto al feral polilla, este se había zambullido en el Blackwater, el inmundo río que atravesaba la ciudad, y dio por hecho que se había ahogado.

—Eres patético —dijo de repente Pip, con labios temblorosos.

—Silencio —ordenó Lugmann, amenazándolo con el mazo.

—No te tengo miedo —replicó Pip.

—¡Cállate! —exclamó Crumb.

—¡No! —dijo Pip—. ¡Aunque nos mate, los otros ferals lo detendrán!

—¿Con pájaros y ratones? —preguntó Tyra, riendo. El bisonte resopló, con los flancos siguiendo el ritmo de su respiración agitada.

Pip tragó saliva.

—No sois más que una panda de bandidos codiciosos —dijo—. Nosotros trabajamos en equipo, y vosotros solo pensáis en vuestro propio interés.

—¡Pip! —gritó Crumb—. ¡Ya basta, por favor!

—El chico tiene más agallas que tú, feral paloma —dijo Lugmann.

Unos empleados que se habían ocultado en la parte trasera del banco salieron por la puerta. Cargaban unos enormes sacos de tela de los que iban cayendo billetes. Los hombres miraron atónitos y aterrorizados al bisonte y la pantera.

—¡Cargad la furgoneta! —ordenó Lugmann impaciente, sin dejar de blandir el mazo.

Los empleados cruzaron las puertas de cristal rotas, bajaron los escalones del banco y empezaron a colocar los sacos en la parte de atrás de la furgoneta. No repararon en la presencia de los miles de pájaros que se habían congregado allí. Huyeron a toda prisa calle abajo tan pronto terminaron de cargar la furgoneta. Cuando el señor Silk reapareció, Lugmann le arrojó las llaves del vehículo y comentó, con tono burlón:

—Ahora mismo salimos. Todavía no hemos terminado.

Tyra llamó a su lado al bisonte y le dio unas palmadas en el espeso pelaje.

—Ya tenemos lo que habíamos venido a buscar, amigo mío —dijo el señor Silk, poniendo una mano sobre el brazo de Lugmann—. Casi tres millones, según mis cálculos.

Lugmann se apartó del señor Silk y clavó la fría mirada en Pip.

—Sí, pero mi mascota aún no ha comido.

El cuerpo de Caw se puso tenso, listo para saltar, y sintió cómo, en la calle, sus cuervos extendían las alas. Mientras Caw siguiera respirando, Pip estaría a salvo.

El señor Silk se quitó el sombrero con parsimonia. Luego miró a Pip, quien había empezado a llorar al ver cómo se le acercaba la pantera.

—Esas no son las órdenes que habíamos recibido —susurró.

Lugmann y el feral polilla se miraron fijamente. Caw vaciló. Apenas podía jadear.

«¿Órdenes? ¿Órdenes de quién?»

—Bueno, no lo dijo exactamente así —dijo Lugmann—. Espéranos en la furgoneta, Silk. A menos que quieras ver esto.

El feral polilla se puso de nuevo el sombrero y salió del banco con gesto altivo y sin mirar atrás.

—Me prometiste que no le harías daño a Pip —dijo Crumb.

—No —matizó Lugmann—. Te prometí que saldría vivo. Pero puede vivir sin una pierna, ¿no?

—Ya tenéis el dinero —gritó Caw—. Idos.

—Hazlo —dijo Tyra. Sus ojos brillaban.

La pantera abrió sus amarillentas fauces.